

## EDITORIAL

Un año más nos asomamos al balcón de nuestro periódico en un empeño, bastante quijotesco por cierto, por mantener vivas estas páginas, logradas gracias al esfuerzo de un grupo de personas que todavía creemos en la fuerza solidaria y dignificadora de la palabra. Pero en los tiempos que corren, mucho me temo que están empezando a “sobrar” por un exceso de manipulación, términos hasta ahora reivindicados como valores indiscutibles de nuestra tarea: Solidaridad, Igualdad de oportunidades, Respeto, Colaboración... cada vez es más difícil despertar el entusiasmo tanto entre los profesores como entre los alumnos, para emprender actividades que logren hacer de un instituto público no un lugar que expida títulos, sino un centro en el que la convivencia, la enseñanza en libertad y la solidaridad formen parte de su realidad diaria. Estas sencillas páginas que tienes en tu mano son la expresión auténtica de esas intenciones; que luchan contra los vientos de la incomprensión, la precariedad de medios, la falta de tiempo... y las mareas que actualmente parecen hacer peligrar el prestigio de la enseñanza pública.

Y para que esta labor continúe, os invitamos a todos a colaborar. Se puede asegurar que merece la pena. No es fácil, lo sabemos; pero si cada 23 de abril se produce el “prodigio” de que un centro público llamado “Cervantes” imprima un periódico en el que se expresen inquietudes, creatividad, recuerdos, vivencias... estaremos logrando a través de la palabra escrita, conocer y mejorar todas las posibilidades que como personas tenemos: alumnos, profesores, hombres y mujeres que en otro tiempo tuvieron relación con el Cervantes y que, todavía, sienten una emoción especial cuando les solicitamos su colaboración. No podemos permitir que sentimientos de desgana, desmotivación y derrotismo acaben con un proyecto que, no cabe duda, dignifica la enseñanza pública.

Se están acabando las “palabras”; pero, como dijo el poeta, “nos queda la palabra.”

"Mescladament partirem nostres cossos".

Ausiàs March: 1397- 3/III/1459.

Hacía un calor de vida: hasta la sombra huía detrás de su oscuridad. Y nos sentamos a tomar algo justo cuando el sol arrima más su boca a la calle. En el velador de piedra sólo tazas, alguna cerveza y una copa indolente, sudando con goterones de aquel viernes veintiocho de junio. Por el viento seco, una voz mojada, las patillas y ese aire sesgado de tu mirada de frente, atenta, puesta en Brasil, al borde del vaso, cerca del beso, contra las inmediatas oposiciones, entre el ausente brillo de un día, ése que todos -a conciencia- nos guardamos para siempre como únicamente nuestro.

Pero sí hubo un antes, un largo y lento abrazo de palabras, de saludos, tal vez de un silencio ignorante y compartido, o a voces, pero que no estorbaba, sino que saturaba el humor, durante dos cursos, y suturaba las venas, azules de madrugadas, hasta ahora indemnes.

Después se cruzó, grave, inexorablemente fijo, septiembre oscuro entre idas y dudas, cuando ya el aire respiraba y Brasil se había acercado de puntillas. Luego un adiós del que ni tengo noticia. La próxima se sembró bajo una herida de sombra, entumecida y fría, madera exangüe. Y la memoria, tan extensa, volvió a abrir los brazos para que el recuerdo blanqueara el silencio. Allí, incrustada, la mirada, el reto a los ojos, y un velatorio pleno de encías de rabia.

Más de una boca te habrá saludado, también como el poeta valenciano, desde muy lejos, a conciencia, al oído:

"Separaremos, mezclados, nuestros cuerpos."

3 de marzo de 1997.

A. David

**LUIS ALBERTO DE CUENCA, POETA DE LA AMISTAD**  
**"Compongo mis versos directamente en el ordenador"**

El murmullo se había apoderado del Aula Magna: unas decenas de estudiantes esperaban al poeta. Luis Alberto de Cuenca escribe versos, investiga, traduce a los clásicos, lee, edita libros inolvidables, dirige la Biblioteca Nacional... Hasta tuvo tiempo para divertirse componiendo letras para la Orquesta Mondragón (Hola, mi amor, soy yo el lobo). De repente, se hizo el silencio; me volví sobre mi silla y lo vi. Con porte erguido y sereno, descendió por las escaleras hasta llegar a la mesa desde la que tomaría, incontenible, la palabra. Vestía chaqueta azul oscuro. Con formas exquisitas y muy naturales, expresó su agradecimiento por haberlo invitado y a nosotros por haber acudido a escucharlo. Recitó algunos de sus poemas editados desde los años setenta; luego, leyó algunos de los que constituirán su nuevo libro.

Se le escuchó con mucho silencio. Insuflaba vida a lo que decía, gesticulaba con las manos, variaba su voz, susurraba... Vivía la vida (o la ficción) que rezumaban aquellos versos.

Intentamos entrevistarle tras el recital y el coloquio:

--Lo siento muchísimo, pero tengo una cita y no puedo quedarme más tiempo. Puedo hacerte un huequecito a las 4 de la tarde en la Biblioteca Nacional.

¡Genial! A las cuatro de la tarde subíamos la escalinata de la Biblioteca Nacional. Las monumentales esculturas nos infundieron respeto. En conserjería nos estaban esperando y nos condujeron hasta el despacho del director, en donde nos recibió su secretaria. Mientras aguardábamos pudimos hojear el catálogo de la última exposición: Tebeos: los cien primeros años --otra pasión de Luis Alberto--.

En su despacho

Entramos a su despacho: enorme, como debe ser el del director de la biblioteca más importante de nuestro país, pero nada serio y muy agradable. Enormes ventanas, una librería que casi rodea toda la habitación y una gran mesa de cristal, aparte de la del director. A Luis Alberto lo acompañaban tres hombres: Julio Martínez Mesanza, José del Río y un periodista de la radio que colabora con Julio César Iglesias. Nos presenta. No lleva puesta la chaqueta y tiene los puños de la camisa desabrochados. Nos pide que le tuteemos. Es una conversación entre cómplices.

--Nos ha llamado la atención el lenguaje tan natural que empleas en los poemas. Quizá sea una de las razones por las que resultan tan accesibles a la gente joven como nosotras.

-- Probablemente. No siempre fue así. Mis primeros libros eran menos comunicativos. Escribía una poesía más esteticista, más culturalista, más difícil. Ahora hago una poesía clara, de comunicación, que aspira a que los demás se reconozcan en los poemas.

--¿Dónde escribes? ¿Qué te inspira?

--Soy uno de esos bárbaros que no escribe poemas a mano, sino que los plasmo directamente en el ordenador, en el despacho de mi casa. Me inspiro en mi propia experiencia personal.

--La primera obra de un autor siempre resulta algo especial. ¿Qué significa para ti tu primer libro?

--A estas alturas de la vida, bastante poco, porque me parece malísimo; me horroriza.

--Sin embargo, le concedieron el premio Puente Cultural. Componían el jurado Francisco Umbral, Claudio Rodríguez, Ángel García López...

--Fue una casualidad, pero ese premio me "profesionalizó". Yo habría seguido escribiendo, pero no tenía la intención de hacerme "famoso" editando poemas. De no existir el premio, quizá sólo me hubiera dedicado a la filología y a la literatura, que son algunas de mis pasiones. Estoy en la poesía por azar. Todo es un inmenso azar.

--Entre tus obras habrá alguna de la que estés más satisfecho y quizá otra que te haya costado escribir.

--Ninguno de los libros de poesía me ha costado escribirlos. En cambio, requirieron mucho esfuerzo los de ensayo, los de erudición; esos me han llevado meses y años escribirlos. Del que más satisfecho estoy es del último (Por fuertes y fronteras), y, como ya tiene unos meses, del que se está gestando.

--Hemos notado en tus poemas un componente irónico, ¿quizá sea eso una forma de velar pudorosamente el sentimiento? ¿Utilizas la poesía como forma de desahogo?

--No. Escribo porque es lo que sé hacer y porque lo necesito. Los poemas me obligan a escribirlos. No es que me ponga a escribirlos, es que me escriben a mí. Por eso no es una actividad constante: pueden pasar meses sin que escriba o puedo crear veinticinco en seis meses.

### Un poema

--¿Qué poema refleja mejor a Luis Alberto de Cuenca?

--Está en La caja de plata y lleva el título de "Sobre un tema de J. M. M." <Julio Martínez Mesanza>. Por pudor me oculto detrás del nombre de mi gran amigo.

--¿Crees que el acceso a la cultura mejora las relaciones humanas?

--El conocimiento siempre es fuente de comunicación. Hay que conocer el mundo, saber cosas de él; ello redundan naturalmente en las relaciones con los demás. Cuanto más sepamos, mejor. Pero el conocimiento, la cultura, son formas de placer y de diversión. A uno le gusta leer, le gusta aprender.

--¿Qué es lo que llena tu vida?

--Todo a la vez. Principalmente, la amistad, el amor, que es lo más importante; lo demás viene después: mi profesión, en este momento la Biblioteca Nacional, a la que dedico todos mis esfuerzos, y sin duda la poesía.

--De niño soñamos con ser algo en la vida, ¿qué te gustaba entonces ser?

--Detective privado. Me gustaban mucho los cómics y las novelas en las que aparecían detectives privados a los que les pasaban cosas muy divertidas, emocionantes.

--Un héroe mitológico, un poeta, una novela y una película: tus preferidos.

--Un héroe: Ulises; un poeta: Lope de Vega; una novela: La isla del tesoro, de Stevenson; una película: Scarface, de Howard Hawks.

--¿Qué te llevarías a una isla desierta?

--A una pandilla de amigos y unas cuantas chicas guapas. En serio, le doy muchísima importancia a los amigos. La amistad es lo más importante. El amor no es más que una forma de amistad, aunque más sofisticada.

--¿Cómo te gustaría que se te recordase?

--Como un buen amigo de mis amigos.

Allí quedó Luis Alberto de Cuenca, en su despacho, compartiendo con sus amigos la vida y la luz de la tarde que entraba por los grandes ventanales. Ahora creo entender su verso: "Me está matando tanta dicha junta".

Yolanda Delgado. COU H.

## EN DEFENSA DE LOS (BUENOS) TEBEOS

Según los expertos en la materia los tebeos (o historieta o cómic, que todavía quedan despistados que creen que los tebeos son una cosa y los cómics otra distinta) están de enhorabuena porque acaban de cumplir sus primeros 100 años y ahí están las distintas exposiciones montadas (hasta en la Biblioteca Nacional) para conmemorarlo.

Dicen los expertos que nacieron en octubre de 1896 cuando un personaje que venía publicándose en los periódicos de Nueva York, The Yellow Kid, habló por primera vez, es decir, las palabras que acompañaban a los dibujos y que hasta entonces se imprimían a pié de página o dentro de su enorme camisón, aparecieron entonces dentro de un globo con un rabito que indicaba que salían de su boca.

No discutiremos a los expertos. Al fin y al cabo, si la narrativa dibujada es anterior (nadie que conozca realmente su historia puede dudarle), los cómics, con las señas de identidad que los han hecho populares y reconocibles, surgieron entonces y, además, no le viene mal a este humilde medio de expresión con posibilidades artísticas y necesidad de una industria de la edición y la distribución tener una fecha simbólica que le sirva de punto de referencia.

En estos 100 años los tebeos han dado lugar a unas cuantas obras maestras que resisten perfectamente el paso de los años, bastantes obras dignas, bien dibujadas y con historias que entretienen, y muchísimas obras consumibles, de leer y tirar que, últimamente, son las que más abundan. Aunque no es un panorama distinto del que nos encontramos en Literatura o en el Cine, sigue siendo un tópico el juzgar a los tebeos sólo por las obras menores negándole su título de noveno arte (el cine es el séptimo y la fotografía el octavo).

En nuestro país especialmente se tiende a confundir lo que el cómic es: un medio de expresión, un lenguaje peculiar que utiliza las imágenes y las palabras, con lo que generalmente ha sido: un vehículo infantil e infantilizante. Es decir, se condena de antemano a los tebeos al confundir usos criticables de un lenguaje con el lenguaje mismo.

Pero en esas estamos, los tebeos en España siguen sin tener eco ni acceso a los medios de comunicación, sin una crítica formada que ayude a los nuevos aficionados a seleccionar, sin la más mínima ayuda a la industria y sumido últimamente en la paradoja de ver cómo nuevos títulos (la mayoría mediocres e importados de Japón o Estados Unidos) proliferan en los quioscos mientras el cómic de autor continúa convertido en un gueto cultural para minorías.

Quizás por ello los expertos vienen hablando de crisis desde hace varios años, pues si bien se sigue editando mucho, y hasta las grandes editoriales (por ejemplo, Planeta) tienen su división de cómics, y parece que hay nuevos lectores y autores, también es evidente que casi todo lo que se publica es basura con orgías de sexo y violencia como reclamo y que apenas hay historias con personajes interesantes que nos cuenten el presente o nos ayuden a proyectar inteligentemente el futuro.

Y no es mi intención ponerme elitista. Comprendo que tiene que haber de todo y para todos. Por ejemplo, hay quien dice que los tebeos son sólo para distraerse, que para

recordarle lo feo y triste que es el mundo ya está la filosofía o la literatura "seria"; no comparto esta restricción de limitar un lenguaje al ámbito de lo banal pero me parece un uso posible y respetable tanto del cómic como del cine o la poesía: buscar el entretenimiento. Pero también para distraernos hemos de buscar calidad y evitar el adocenamiento.

Ya termino. Mi intención como aficionado sólo era felicitar a los tebeos por su primer centenario y agradecerles los buenos ratos que autores como Winsor McCay con su Little Nemo, Alex Raymond con su Flash Gordon y su Rip Kirby, Harold Foster, y su maravilloso Prince Valiant, y, en fin, Milton Canif, Will Eisner, Alberto Breccia, Hugo Pratt, Jesús Blasco, Moebius, Carlos Giménez, Jordi Bernet, François Bourgeon, Frank Miller, y un larguísimo etcétera me han hecho pasar, y reivindicar calidad y un poquito de atención para este medio amado y a la vez olvidado.

Francisco J. Rodríguez Buil. Profesor de Filosofía